

El discurso de investidura (I)

El crédito moral

El candidato a la presidencia por el partido vencedor en las pasadas elecciones, don Felipe González, pronunció ayer en las Cortes el discurso seguramente inevitable de toda investidura con la necesaria dosis de pragmatismo cauto, con el ímpetu esperanzado de quien llega al poder con un proyecto resuelto de cambio y regeneración de la vida nacional y, naturalmente, con un número limitado pero preciso de compromisos ante sus electores y ante el conjunto de los ciudadanos.

Quizá el compromiso más grave del PSOE en el Gobierno es el de hacer frente a sus promesas en el plano económico. Aunque en los próximos días analizaremos con detalle los diversos capítulos de la propuesta gubernamental del señor González, nos complace comprobar la valentía con que el líder socialista ha dado números y fechas a un año vista: un crecimiento del 2,5 del producto interior bruto, y, lo que es más importante, un descenso del 3 por 100 en el índice de inflación que viene arrastrando España.

Naturalmente, esta apuesta contra reloj es la que se espera de un Gobierno responsable, la que ha de criticar ponderadamente la oposición y la que, de cumplirse, certificaría el éxito del nuevo Gobierno.

Algunos aspectos de su programa electoral, particularmente de política exterior, han merecido un tratamiento piadosamente elusivo, que, en rigor, tranquilizará a los que temen, con razón, virajes bruscos en la política del Estado.

Entre esas primeras reformulaciones sobresalen el lapso de negociación que se considera necesario para nuestra entrada completa en la CEE —en torno a los cuatro años—, el necesario relanzamiento de negociaciones para recuperar la soberanía de Gibraltar y el elocuente silencio en cuanto a plazos para el «replanteamiento» del tema OTAN, aspectos todos que deben favorecer los primeros meses de andadura internacional del nuevo Gobierno.

Sin embargo, entre lo poco concreto y lo mucho inconcreto del discurso, sobresale un elemento extraordinariamente valioso y cuya virtualidad política habrá de corporeizarse en el futuro: la capacidad de generar ilusión, confianza y ganas de trabajar en el conjunto de la nación.

Cuando Felipe González ha declarado que los únicos derrotados en las elecciones del 28-O eran los pistoleros golpistas, estaba haciendo honor al compromiso nacional de progreso, paz y unidad que ha predicado su partido para el conjunto de la sociedad.

La credibilidad moral de este hombre, la confianza generada por su partido y el ambiente reconfortante que vive España desde hace un mes, autoriza a conferir al mensaje de Felipe González más autoridad de la que merecería un programa de buenas intenciones.

Cuando el líder socialista se ha planteado cómo estarían asimilando su mensaje los millones de españoles de a pie que han votado el cambio, estaba haciendo algo más que un recurso retórico.

Como creemos en la necesidad y en la capacidad de renovación de nuestra Patria, hemos de empezar acordando un crédito al compromiso de Felipe González con un futuro que no es de un partido, sino de toda España.